

Ultreia,

Et suseia Santiago

Jordi Matilló



***¿Es usted un demonio?
Soy un hombre, por lo tanto, tengo dentro
de mí todos los demonios.***

Gilbert Keith Chesterton



Ultreia, et Suseia Santiago

Antiguamente el saludo entre peregrinos era "Ultreia, suseia, Santiago" (sigue adelante, que más allá está Santiago)

Cuando un peregrino saludaba a otro diciéndole "Ultreia" ("sigue adelante") el otro respondía "Et suseia" ("y más allá")

En la actualidad se saluda con "Buen Camino"



1

Un solitario vehículo cruza el Sil por el puente que une el castillo con la parte nueva de la ciudad. Las calles de Ponferrada están vacías con la única excepción de la pesada niebla que cubre la noche. Son las tres de la madrugada y el frío atenaza la ciudad. Tampoco queda ninguno de los jóvenes que, desafiando el frío habían salido de vinos por el centro. Hace una hora que el último bar cerró, y a estas horas todos sin excepción duermen los excesos en sus mullidas camas. Antes de llegar a su destino el conductor apaga las luces. Luego recorre los últimos metros bajo la bruma y aparca en una callejuela frente la entrada del viejo castillo. Los ocupantes son dos, visten ropas oscuras y se cubren el rostro con pasamontañas. También llevan guantes, y uno de ellos, el que ocupa el lugar del acompañante sujeta una pistola.

Se miran, y antes de salir del vehículo escuchan atentamente por si su llegada ha sido advertida. Pero no se ve ningún alma en las calles.

Solo cuando están seguros bajan, y cuidando de no hacer ruido cierran las puertas. Después cruzan la calle hacia uno de los laterales de la muralla.

Allí se aprietan de espaldas contra el muro y vuelven a observar. El más alto saca una cuerda que lleva enrollada en la cintura, y tras colocar en ella un gancho de metal la lanza a lo alto de la pared.

Al primer intento el gancho queda fijado en un saliente y el hombre da un tirón para asegurarla.

- *¡Buen tiro!* - Exclama su acompañante.



- *Fácil. Lo hemos ensayado mucho* – Responde empezando a trepar – *Lo difícil viene ahora. No te distraigas y sígueme.*

Gracias a su complexión atlética suben sin esfuerzo hasta alcanzar la ronda baja del castillo. Recogen la cuerda y uno de ellos otea la calle vigilando.

Pero, aunque algún alma se hubiera atrevido a salir en esta destemplada noche no habría podido ver nada, la niebla es tan espesa que solo los ojos de un demonio podrían ver a través de ella.

Además, el día anterior alguien lanzó una pedrada muy certera rompiendo la única farola que ilumina esta parte de la calle.

Con gran sigilo los dos visitantes nocturnos recorren el trecho que les conduce hasta el patio encaminando sus pasos a la zona del castillo viejo.

Como han hecho varias veces el trayecto, de día y mezclados con turistas, llegan sin dificultad a las escaleras que acceden a la ronda alta, y exhalando columnas de vapor a causa del frío suben los peldaños. A pesar de la oscuridad no tienen necesidad de encender las linternas. Conocen el camino.

Una vez arriba avanzan hasta la torre del homenaje ubicada en el ala norte. Allí encuentran una puerta metálica que les impide avanzar.

- *¡Cuidado, Hans! Procura no hacer ruido*
- *Tranquilo, sabes que para mí es esto es fácil* – Responde mientras abre un estuche lleno de ganzúas.
- *Es que este silencio me pone nervioso* – Susurra Günter sin dejar de mirar alrededor – *Y tengo un mal presentimiento.*
- *Las dudas las tenías que haber planteado antes de aceptar* – Responde Hans mientras manipula hábilmente la cerradura.



- *¡Escucha! ¿No has oído nada?* – Insiste Günter.
- *¡Cállate! Acabarás poniéndome nervioso* – Responde mientras la cerradura cede con un ligero clic.

Abre la puerta impidiendo que los goznes chirríen y acto seguido los dos se deslizan por un pequeño pozo a la parte del castillo que está cerrada a los turistas.

Como esta zona no está acondicionada, el recorrido es más difícil, pero ellos avanzan sigilosamente entre las piedras sueltas del camino sin problema.

Por fin alcanzan un espacio existente entre la muralla exterior y la pared que une la torre del homenaje nueva con la vieja.

Günter controla la hora en su reloj y ve que todavía tienen margen de tiempo.

Entonces saca un cigarrillo, pero cuando va a encenderlo Hans le golpea la mano.

- *¡Estás loco! ¿Quieres que nos descubran?*

Günter recoge el mechero del suelo mostrando su enfado, luego saca un pequeño pico y sin decir palabra empieza a golpear la tierra justo debajo de la pared. Mostrando su enfado su compañero coge el suyo y también se une al trabajo.

Los dos cavan en silencio. Solo interrumpen algunos segundos su labor para ver si se oye algún ruido.

Cuando ha transcurrido una hora se detienen para observar el trabajo. Ahora, al lado del muro hay un agujero de un metro de profundidad.

- *¿Estás seguro de que es aquí donde debemos buscar?*
- *Así me lo indicaron* – Responde Hans mientras observa el agujero.



- *Pues no hay nada* – Se queja Günter sacudiéndose la tierra – *además el frío es insoportable.*
- *Toma, pero solo un pequeño sorbo* – le calma ofreciéndole una petaca llena de aguardiente.

Mientras su compañero bebe, Hans salta al interior del agujero y enciende la linterna. Acerca el haz de luz a la parte cercana al muro y busca algún indicio. Entonces se oye un ruido que proviene del patio del castillo. Es un chasquido. Como si alguien hubiera tropezado con una piedra.

Hans apaga la linterna y de un salto abandona el hoyo mientras hace aparecer en su mano un revolver.

Su compañero tarda unos segundos en reaccionar, pero también desenfunda su arma. Los dos apuntan instintivamente a la oscuridad mientras escuchan.

Así transcurre unos minutos. Hasta que el silencio que les envuelve les convence de que no hay nadie.

Aun así, todavía esperan unos segundos más. Quietos, agazapados, mientras recuerdos de sus misiones en la policía secreta de Alemania del Este regresan a su memoria.

Después de la unificación, y tras la caída del muro los dos decidieron abandonar sus puestos y probar fortuna como mercenarios. Alquilando sus servicios a gente de pocos escrúpulos a cambio de dinero. Siempre asuntos fáciles.

Sin complicaciones y sin sangre. Por ello nunca han tenido problemas con la justicia. Por ello, y porque las policías europeas son demasiado blandas comparadas con las de su antiguo país.



Y a pesar de que los dos son muy distintos siempre han formado un buen equipo. Hans es el que dirige. Ya era así cuando trabajaban en la policía. Él se ocupa de las cuestiones que requieren cabeza, y Günter le apoya con sus puños. Consciente de las limitaciones de su compañero, Hans lo adoptó como si fuera un hermano cuando el destino les unió, cuidando de él, e impidiendo que nada malo pudiera sucederle. Ahora, en su nueva etapa no iba a ser distinto.

Alto, fuerte y con cierto atractivo, Hans no es el tipo de hombre que pasa desapercibido. Y si la situación política en su Alemania natal hubiera sido otra, posiblemente hubiera llegado a ser un seductor empresario.

Pero las circunstancias le condujeron a ser miembro de la temida policía secreta en un país comunista. Su pelo, negro, pero con cierto tono cano, símbolo de una madurez asumida, sus penetrantes ojos verdes, y su estatura considerable le diferencian de su compañero.

Günter es lo contrario. Bajo, de mirada páfida y algo grueso. Pero, aunque su aspecto infunda miedo en el fondo es un bonachón.

Otro hecho que les hace distintos es que, al contrario que Hans, que todavía está soltero, Günter tiene familia. Una hija que es su debilidad y una esposa cariñosa que, aunque sospecha algo de su actividad, por prudencia nunca pregunta.

Los dos esperan que esta misión les reporte una buena cantidad de dinero, y además no parece peligrosa.

Cuando fueron contratados por aquel gordinflón en Suiza pensaron que sería un trabajo fácil. Ir a un pequeño rincón de España, alojarse como turistas en los mejores hoteles de la zona y esperar la ocasión propicia para excavar en las ruinas de un castillo. Un viejo castillo que había pertenecido a la extinta orden



de los templarios, donde solo tenían que robar una piedra que reposaba enterrada. No parecía una misión difícil.

Otra de las diferencias que hay entre ellos es que para Günter solo existen tres cosas importantes, su familia, la buena comida y el fútbol.

En cambio, Hans tiene valores escondidos, como su interés por la cultura antigua y la historia, a pesar de que nunca ha compartido con nadie su afición. Es algo que pertenece a su parte íntima, y solo ha disfrutado de ella en sus momentos de soledad.

Prueba de ello es que durante los preparativos de esta misión se preocupó por conocer quienes fueron, y que misterios rodearon a aquellos monjes guerreros que recorrieron la comarca y habitaron este castillo.

El nacimiento, el desarrollo y el trágico final de esta orden militar le fascinaron tanto que se prometió que una vez finalizado el trabajo buscaría más información sobre esos templarios que, siglos después aún levantaban pasión, y sobre los cuales existía todo un mito. Quería encontrar respuestas a los enigmas que al leer sobre el tema le habían quedado por resolver.

Cuando el tipo que les contrató los envió a la provincia de León dijo que sería un trabajo fácil. Y así había sido hasta ahora. Pero por la experiencia que acumula sabe que nunca hay que fiarse. Y más cuando aquel personaje se esforzaba en disimular su acento mediante un inglés demasiado culto para ser auténtico. Los dos se percataron de que su interlocutor procedía de algún país árabe, y que escondía información a pesar de la aparente sencillez del trabajo que les encomendaba.

Ahora, pegado a la pared del muro Hans repasa los detalles por si algo se le ha escapado. Nada hace presagiar que hayan sido descubiertos, a pesar de que el



hombre les advirtió de que existía la posibilidad de que no fueran los únicos en la búsqueda de esta misteriosa piedra. Habían tomado muchas precauciones, y estaba seguro de que nadie les había seguido. Tanto en las visitas previas al castillo como en las exploraciones por los alrededores.

Finalmente, al ver que pasan los minutos, y que el ruido no se repite guardan sus armas y sin mediar palabra vuelven al trabajo.

Esta vez es Günter quien excava dentro del agujero mientras su compañero alumbra con la linterna.

Cuando solo han transcurridos cinco minutos el pico del alemán golpea con una roca y un ruido rasga el silencio de la noche. Los dos se miran, y antes de hacer nada escuchan por si el ruido ha alertado a alguien. Luego Hans salta dentro y ayuda a su compañero a desenterrar la piedra.

- *Con cuidado. Debe pesar más de sesenta kilos.*

Una vez a la vista resulta ser un bloque rectangular perfectamente pulido que muestra unos extraños símbolos en una de sus caras.

- *Va a ser difícil transportar esto – Se queja Günter.*

- *Tienes razón. Pero quizás no sea necesario. Podemos copiar los grabados y volver a dejarla en su sitio. Al hombrecillo solo le interesa lo que la piedra tiene esculpido.*

Y diciendo esto saca una hoja de papel muy fino y un trozo de carbón.

- *Ayúdame. Sujeta la hoja tensa encima de la piedra.*

Günter obedece y extiende el folio mientras Hans empieza a frotar el carbón.

Al momento los jeroglíficos empiezan a copiarse y Hans sonríe satisfecho.

- *¡Misión cumplida! – Exclama – Tampoco ha sido tan difícil.*



- *La verdad es que has tenido una idea genial. ¿No sé cómo se te ha ocurrido traer papel y carbón?*
- *Si hubieras abierto alguno de los libros que compré sabrías que a estos monjes les gustaba dejar sus mensajes escritos en la piedra, y que para ello empleaban bloques grandes, para que el paso del tiempo no los afectara. A partir de esta información se me ocurrió que quizás no sería posible llevarnos la piedra sin llamar la atención. Y como a nuestro patrón solo le interesan los signos, esta podía ser una solución.*

De repente, antes de que Hans termine la frase una voz acompañada de unos aplausos suena a sus espaldas mientras un haz de luz ilumina sus rostros.

- *¡Buen trabajo!* – La voz se gira dirigiéndose a unas sombras apenas perceptibles a su espalda y añade - *Veis como tenía razón. Solo hacía falta que este par de matones hicieran el trabajo duro.*

Al oír esto Hans reacciona. De un salto se deja caer rodando al tiempo que su revolver empieza a escupir fuego. Ahora los sorprendidos son los recién llegados. Y antes de que puedan reaccionar uno de ellos recibe el impacto de una bala. El que sujetaba la linterna la arroja al suelo. De inmediato se hace la oscuridad, pero solo un segundo, pues la noche se llena de fogonazos.

Con el revolver en la mano, y sin recuperarse de la sorpresa, Günter permanece dentro del hoyo intentando adivinar hacia dónde dirigir sus disparos. Busca inquieto el origen de los destellos, probando apuntar su arma hacia ellos, cuando súbitamente recibe el impacto de un disparo. El tiro es mortal. La bala le ha impactado en la frente alcanzando el cerebro. Y sin llegar a comprender que es lo que ocurre, ni quien les ataca, se desploma en el agujero mientras la vida le abandona.



Entretanto, aprovechando un instante de confusión, Hans se arrastra hasta el pie de la torre del homenaje donde busca refugio en un hueco de la pared.

Silencia su arma y aguarda vigilante.

Los asaltantes se dan cuenta que nadie devuelve sus disparos y cesan el fuego.

Dos de ellos se meten en el agujero y suben la piedra mientras el resto vigila.

Cargan el bloque en una especie de camilla, y con la misma rapidez con la que llegaron desaparecen en las sombras llevándose a su compañero herido.

Hans aguarda inmóvil en su escondite. Hace rato que no se oye ningún ruido, pero a pesar de ello decide esperar por si los atacantes estuvieran al acecho.

Los minutos se suceden angustiosos al no saber qué suerte ha corrido su compañero. Finalmente, cuando el frío empieza a adormecerle los músculos se asoma a la oscuridad en busca de alguna sombra que se mueva entre la niebla.

Pero no ve nada. Solo silencio y oscuridad. Por fin se convence de que los atacantes han huido y decide abandonar su refugio.

Envuelto en la negrura de la noche regresa al hoyo sospechando lo peor, y cuando atisba en el agujero se da cuenta que sus temores estaban fundados.

Günter yace pálido y sin vida en el fondo y la piedra ha desaparecido.

Convencido de que quienes les han atacado ya están lejos se deja caer dentro y recupera bajo el cadáver de su compañero el papel con los signos.

Después sale y lo guarda cuidadosamente en su cazadora, y luchando contra la rabia y las lágrimas empieza a cubrir el agujero con tierra y piedras. Primero con el pico. Después con las manos. Empujando la tierra en la que se mezclan las lágrimas que no puede contener. Cuando termina está agotado, y a pesar de que las primeras luces del alba ya asoman descansa unos minutos.



Finalmente se asegura de que nadie pueda advertir la tierra removida, y tras dedicar un último pensamiento a su fiel Günter emprende el camino de regreso. Ni los turistas, ni tampoco los empleados que cuidan el recinto llegarán a saber nunca lo que ha ocurrido esta noche bajo las ruinas de la muralla.

Nadie sabrá nunca que su amigo descansará eternamente bajo tierra en este castillo, asesinado por desconocidos y enterrado por su mejor amigo.

Bajo una luz ambarina que anuncia el amanecer deshace el camino alcanzando la muralla que da acceso a la ronda baja. Busca el mejor punto, y tras comprobar que no hay nadie salta al jardín que separa el castillo de la calle. Sin detenerse corre hacia el coche. Lo pone en marcha y abandona la ciudad. Ya con las primeras luces del día asomando por el horizonte accede a la autovía, dirección a León, entonces pisa el acelerador y mantiene el vehículo a gran velocidad, alejándose lo más rápido posible. Los kilómetros se suceden mientras el día se alza y la niebla se empieza a levantar. Ahora el fantasmagórico paisaje da paso a una estampa de campos yermos en los que de la niebla solo quedan pequeños jirones enredados entre las ramas de algunas solitarias encinas.

Cuando Ponferrada queda atrás, a suficiente distancia, decide disminuir la velocidad. Afloja la presión de las manos sobre el volante en un intento por relajarse y entonces vislumbra una estación de servicio. Agotado, sucio, y con el frío metido en los huesos decide detenerse con la intención de asearse y tomar un café que le haga entrar en calor. Al llegar a León tendrá que llamar al cliente e informarle del resultado de la misión. Pero antes de entregarle el papel con los símbolos quiere volver a negociar el precio. La muerte de Günter no entraba en el trato, y ahora, este folio manchado con la sangre de su compañero ha aumentado de valor.



2

Un potente monovolumen circula a gran velocidad por la autopista que cruza la sierra de los Ancares con cinco hombres a bordo. Tras salir del túnel que cruza el puerto de Piedrafita uno de ellos extrae un teléfono móvil de la guantera, y mientras el vehículo entra en tierras gallegas marca un número.

A pesar de lo intempestivo de la hora alguien contesta de inmediato.

La voz pregunta cómo ha ido el asunto, y sin mostrar ningún tipo de emoción el ocupante del vehículo responde que tienen la piedra, que tan solo han sufrido un pequeño contratiempo refiriéndose al compañero herido. Añade que ya están de regreso, han cruzado el puerto y en poco más de hora y media llegarán a Vilagarcía.

La voz les felicita y al momento la comunicación se corta.

El hombre vuelve a dejar el teléfono en la guantera y se gira hacia la parte posterior, donde su compañero, con un balazo en el estómago, reposa inconsciente mientras otro le aprieta la herida con un pañuelo.

- *¿Cómo está?*
- *Ha perdido mucha sangre, pero no creo que muera – responde el que sujeta el pañuelo - Xuxo es fuerte y se saldrá. En menos de tres horas llegaremos a Vilagarcía. Allí sabrán cómo atenderlo.*
- *Bien, esperemos que sea así. No me gustaría perderle. En todos los años que llevamos tratando con fariña no hemos tenido ninguna baja. Y ahora resulta que por una maldita piedra hemos tenido que liarnos a*



tiros. Maldita sea la hora en que el jefe aceptó hacer este favor a su amigo italiano.

- *Esta piedra debe ser importante para que alguien esté dispuesto a morir por ella* - Exclama el conductor uniéndose a la conversación.
- *Ha de tener valor para el que ha organizado esto* - Responde el primero encendiendo un cigarrillo y dejando que el aire fresco de la noche entre a través de la ventanilla - *Además, esos dos no eran unos aficionados. Ya nos advirtieron que eran matones profesionales. Los italianos estaban al corriente de sus pasos. Pero todo esto no es asunto nuestro. Ya sabéis que el jefe no quiere que de este tema se hable con nadie. Mañana volveremos a nuestras cosas y aquí no ha pasado nada.*

Y mientras se hace el silencio el vehículo prosigue su camino.